

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin: desecho, coleccionista y trapero

Noelia Figueroa
UNR / UBA / CONICET

Resumen

Este artículo se propone revisar los desarrollos de Walter Benjamin sobre el trabajo del conocimiento histórico, haciendo énfasis particular en la noción de fragmento y de desecho como materia prima de ese trabajo. También intenta describir cómo aparecen para el autor las figuras del coleccionista y el trapero, entendiendo que ambas son pensables como índices de lo que denominamos una *filosofía de la historia* en su obra. Entendemos que estas figuras de la modernidad son importantes en Benjamin en tanto revelan un gesto que en el autor aparece emparentado con el de la construcción de conocimiento. El coleccionista cuida amorosamente sus objetos, los salva del olvido y de la carga de ser útiles para la sociedad. El trabajo del trapero, por su parte, se remite a levantar jirones y desechos, despreciados por esa misma sociedad del que es un *outsider*. En las dos figuras queremos rescatar la vocación de la historiografía crítica como pretensión de construir historias de los vencidos, de iluminar zonas invisibilizadas del pasado de la humanidad con la intención de denunciar lo injusto de la historia oficial que sostiene el presente de desigualdades. Finalmente, vinculamos las premisas benjaminianas con el actual intento de producir conocimiento desde este lugar comprometido y situado como es el de diversas corrientes feministas. Al desarrollo de esta búsqueda puede aportar una forma de hacer historia que se coloque en la *urgencia* de redimir el pasado en función de hacer estallar el presente.

Palabras clave

Benjamin, desecho, conocimiento histórico, epistemología

Abstract

This article aims to review the developments of Walter Benjamin on the work of historical knowledge, with particular emphasis on the notion of *fragment* and *waste* as raw material for this task. It also attempts to describe how figures as “the collector” and “the ragpicker” appear in the work of Benjamin, thinking both of them as an index of what we call “philosophy of history” in his work. We understand that these figures of modernity are

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

important in Benjamin's work, a gesture that reveals a connection with the construction of knowledge. The collector lovingly cares for its objects, saves them from oblivion and the burden of being useful to society. The work of the ragpicker refers to shreds and scrap left, despised by the same society from which he is an outsider. We want to rescue, in both figures, the vocation of critical historiography as a claim to build histories of the vanquished, to illuminate invisible parts of the human past with the intention of denouncing the injustice of the official history that still reflects in today's inequalities. Finally, we link Benjamin's premises to the contemporary attempt to produce this critical knowledge, committed and located, as is proposed in some feminist theories. The development of this search can provide a way to make history on the *urgency* to redeem the past, bursting the present.

Keywords

Benjamin, waste, historical knowledge, epistemology

I. Walter Benjamin, el fragmento y la historia monadológica

“Que el objeto de la historia sea hecha saltar del continuo del curso histórico es exigido por su estructura monadológica. Esta sólo se pone de manifiesto en el objeto que ha sido hecho saltar”

Walter Benjamin

Para comenzar, debemos reconocer que permanentemente hay intentos por desentrañar las propuestas de Walter Benjamin (1894/1940) para instituir una filosofía de la historia que rompa con las concepciones dominantes, incluso dentro del materialismo histórico, acerca de historia y tiempo como categorías lineales. La mayor parte de esos intentos trabajan sobre las pistas que dejó el autor en las tesis “Sobre el concepto de historia”. A lo largo de esos apuntes, Benjamin va planteando algunas consignas que son altamente revulsivas respecto a la manera en que debe acercarse al pasado un materialista histórico. No obstante, creemos que hay otras señales que atraviesan los escritos benjaminianos que nos permiten bosquejar formas disruptivas de entender la construcción del conocimiento, y específicamente, en este caso, del abordaje historiográfico del pasado. Sobre ello intenta avanzar este artículo.

A la hora de encarar este trabajo, partimos de considerar que el fragmento (como retazo de discurso, texto inserto en otro, como imagen maliciosamente recortada del fenómeno sobre el que se estudia) aparece en la obra de Benjamin como la materia prima para cualquier labor de conocimiento. Sirve a sus búsquedas desesperadas por captar realidades que se escapan a la vista del historiador, del crítico, del teórico. Esto se vuelve más patente en el pasaje de texto en que plantea que es necesario hacerle justicia a los desechos *usándolos*, como en el Convoluto N, apartado metodológico de la construcción de su proyecto del *Libro de los pasajes*. A su vez, el desecho es aquél fragmento que es posible reutilizar para iluminar alguna faceta del presente que se busca aprehender. Esta forma de trabajo con fragmentos alcanza su cima en la bibliografía de Benjamin con su proyecto de investigación sobre los pasajes parisinos. Como plantea Bolle, “*el primer estadio del trabajo de Benjamin en el proyecto de los pasajes es una recopilación de 405 fragmentos reunidos entre 1927 y 1929 bajo el título <Pasajes de París 1> El modelo de este primer ordenamiento son las recopilaciones de fragmentos realizadas por los románticos tempranos Schlegel y Novalis, cuyas obras había estudiado Benjamin en su tesis de doctorado. Con la valoración del fragmento en el sentido de un <fragmentarismo constructivo> Benjamin se apoya en uno de los conceptos estéticos fundamentales de la modernidad*” (Bolle, 2008: 19).

Esa valoración del fragmento también se traduce inmediatamente en su obra, a partir de la forma en que recurre a la cita de textos para presentar las nociones que entiende que hay que rescatar, o para trabajar por la negativa, con aquello que quiere destruir de lo que se ha dicho o escrito. Es una metodología que va cobrando fuerza en su trayectoria y que se encuentra atravesando sus obras.

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

“Este trabajo debe desarrollar el arte de citar sin comillas hasta su máxima altura. Su teoría está íntimamente relacionada con la del montaje”. (Benjamin, 2009: 89) Generalmente los fragmentos, los desechos, son de textos, porque Benjamin entiende que el texto es lo que intenta ser *duración de los relámpagos* que en la historia han significado instantes que es imprescindible conocer. Aquí reside una clave para el trabajo con fuentes escritas del/la historiador/a. El texto se equipara a la vida, y volver a los textos implica una actitud vital; no está muerto el pasado ahí, sino que se prolonga de una manera que al historiador le permite acercarse. Así, *“el discurso acerca del libro de la naturaleza indica que lo real puede leerse como un texto. Lo mismo habrá de mantenerse aquí respecto de la realidad del siglo XIX. Nosotros abrimos el libro de lo sucedido”* (Benjamin, 2005: 466). Esta frase es a nuestro entender una reafirmación de su comprensión especial de lo escrito como cristalización de lo que ha acontecido. *“Lo real como un texto”*, es una afirmación fuerte, que tiene relación con lo que ha sido planteado como la clave de la presencia de la teología judaica en la obra benjaminiana: la forma específica de relación con los textos, la lectura como trabajo hermenéutico indispensable, aquél que marca la originalidad de la práctica religiosa de los judíos congregados en el Templo.

Si lo real se puede leer como texto, entonces arrancar fragmentos es una forma de hacer presente lo que ya sucedió. Esto es posible cuando ese instante del pasado forma una constelación con el presente, cuando se genera una imagen dialéctica que permite iluminar lo ya acontecido de cara al devenir actual. Por eso la opción por las citas es parte de su comprensión sobre la relación del historiador con la historia.

Ahora bien, esta elección metodológica por el fragmento, al considerar al mismo como una posibilidad de revelar el todo, no es el privilegio de lo aislado como diferencia, como importante en sí mismo, como compartimento estanco. El fragmento es útil en tanto desencadena la labor reconstructiva de lo real, ya que habilita esas iluminaciones recíprocas entre lo sido y lo que está siendo. Esa labor no se asienta sobre la idea de que sea posible reconstruir algo que está en germen en el tiempo pretérito y que se despliega, a la manera de Hegel, en la historia, sino que es una posibilidad de redención mesiánica del momento pasado: la historia permanece abierta y por eso subsumida a la disputa entre vencidos y vencedores. Por eso *“el objeto histórico que está sustraído a la pura facticidad no precisa de ninguna apreciación. Puesto que no ofrece vagas analogías para con la actualidad, sino que se constituye en la exacta tarea dialéctica que le incumbe resolver”* (Benjamin, 1982: 104).

Consideramos que está en lo cierto Sergio Villega Fiengo cuando plantea que *“esta forma de actualizar, potenciándola, la fuerza mesiánica que nos ha legado el pasado exige, precisamente, que seamos capaces de identificar en el pasado las mónadas, esto es las estructuras en las que se reconoce el signo de una detención mesiánica del acaecer o dicho de otra manera: de una coyuntura revolucionaria en la lucha a favor del pasado oprimido. De esa forma, el Valor del fragmento no es el de*

una falsa totalidad que se aliena de la, si se me permite, totalidad real como parece ocurrir en estos tiempos posmodernos, sino que más bien el recurso dialéctico al fragmento tiene por fin conocer la totalidad real que está contenida en él. (Villega Fiengo, 1997: 98)

Esta ponderación del fragmento como posibilitador de aprehensión de realidad, es uno de los síntomas que aparecen en Benjamin, de su opción metodológica más amplia de privilegiar lo discontinuo como forma de construcción. Así como tenemos fragmentos de texto, tenemos fragmentos de realidad y tenemos también la mónada como unidad de referencia en su empresa de construcción del conocimiento. En palabras de Benjamin, *“escribir historia significa por tanto citar historia. Pero en el concepto de citación radica que el correspondiente objeto histórico sea arrancado a su contexto (...) Allí donde se lleva a cabo un proceso dialéctico, tenemos que habérsela con una mónada”* (Benjamin, 2005: 478). Entonces, no sólo el retazo, la cita, la referencia corta, la imagen figurativa, son los recursos que él utiliza para ir tramando sus productos, sino que esa misma discontinuidad, fragmentariedad, es la que él atribuye a la tradición de los oprimidos. Benjamin considera que en los quiebres, en los hiatos, reside la potencialidad de esta historia para ser verdaderamente aprehendida. En sus palabras, *“el progreso no está en su elemento en la continuidad del curso del tiempo, sino en sus interferencias: allí donde por primera vez con la sobriedad del amanecer se hace sentir algo verdaderamente nuevo”* (Benjamin, 2005: 476)

El trabajo sobre el fragmento crudo entonces, como recurso metodológico, tiene su correlato en una valoración de la discontinuidad: no es posible una reconstrucción histórica que responda a la concepción lineal del tiempo del capitalismo, pues los momentos que poseen capacidad redentora se dan de manera espasmódica, sin relación de continuo sino como momentos explosivos. Desde la óptica de una historia de los oprimidos, estos momentos pueden iluminarse mutuamente, si se los aborda desde una perspectiva no colonizada por la mirada desde arriba. Cuando esto sucede estamos ante una constelación dialéctica en la que cada uno de estos momentos cobra sentido relacionamente. La continuidad no sólo no es una meta deseable en la mirada del historiador, sino que es directamente imposible. *“El materialismo histórico no persigue una exposición homogénea o continua de la historia. En la medida en que las diversas épocas del pasado quedan afectadas en grado un grado completamente distinto por el presente del historiador (a menudo el pasado más reciente le pasa completamente desapercibido al presente, éste <no le hace justicia>), es irrealizable una exposición continua de la historia”* (Benjamin, 2005: 476).

Hay en todo el desarrollo de este Benjamin esa primacía de la mónada, de la idea aislada, como una clave para interpretar, desprovista de su contexto, las significaciones centrales de cada momento. La mónada es ensalzada en su capacidad explicativa, no porque haya una creencia de que la idea en sí es válida, sino porque se considera que resume, sintetiza, la carga del contexto, y otorga la posibilidad de ser abordada como una imagen que contiene una totalidad a la que

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

se increpa, violentamente, con observarla no ingenuamente. La mónada es la idea que, arrancada de contexto, puede dar cuenta, mediante la labor del historiador, del campo de tensiones que constituye lo central de un momento del pasado. Es así que la potencialidad de citar, de arrancar un fragmento del discurso de la historia, se relaciona con el expropiar del contexto original ese fragmento en función de conservar lo vivo del discurso. Por eso el montaje como técnica en el constructo teórico benjaminiano se vale de la cita como recurso primordial. La cita es la forma de hacerse del fragmento, de usar el desecho para decir nuevas cosas.

Según el teórico brasileño Leandro Konder, es en “Calle de dirección única” (1928) donde *“Benjamin propone un nuevo uso para las citas: en vez de servirse de ellas académicamente, para demostrar erudición, el aprovecha el prestigio que ellas adquirieron para sorprender a su eventual lector, sacudiéndolo del sopor en que lo colocaron los hábitos mentales cultivados por la ideología conservadora dominante en nuestras sociedades. <Las citas en mi trabajo, son como asaltantes de ruta, que asaltan, armados, a los viajeros, para robarles las convicciones>.”* (Konder, 1988: 39)

Así, en Benjamin, la opción por el fragmento es una opción de recuperación de cuestiones que muchas veces han sido desechadas por poco importantes por la ciencia dominante. La elección de recolectar e incluir en un trabajo de montaje esos retazos de conocimiento, es una opción política de rescate de lo olvidado, no es meramente un trabajo arqueológico: *“el propósito benjaminiano de pasarle a la historia un cepillo a contrapelo se explicita de hecho en su actitud – menos arqueológica que política- de búsqueda de los fragmentos de un pensamiento revolucionario que sólo subsiste en su dispersión: Benjamin se hace el mediador de esas esperanzas y su articulador discursivo”* (Sazbón, 2002: 173) . Y es ésa una actitud, agregamos, asentada en lo que podríamos llamar como una intensa búsqueda cognitiva en Benjamin, que tiene una especial carga para pensar el abordaje historiográfico crítico ¿Cómo trabajamos haciéndole justicia a los desechos?

II. Utilizando los desechos: una propuesta epistemológica. El coleccionista y el trapero.

“Coleccionar es una forma de recordar mediante la praxis y, de entre las manifestaciones profanas de la ‘cercanía’, la más concluyente.”

Walter Benjamin

“Un trapero, al amanecer: en la alborada del día de la revolución.”

Walter Benjamin

Ahora bien, desde el momento en que Benjamin considera parte fundamental de sus investigaciones y aseveraciones al “desecho”, podemos encontrar perfiladas algunas líneas de una teoría del conocimiento en el autor. De hecho, cuando pensamos en los “desechos”, estos son tales en relación a una

sociedad que valoriza todo en función del capital. Esa misma sociedad propone una forma de conocimiento a la que Benjamin intenta rehuirle.

De alguna manera, lo que subyace en este método que propone el autor de relacionarse con el objeto es una clara crítica al imperialismo epistemológico predominante en la ciencia moderna. En trazo grueso, las tradiciones de pensamiento reinantes en la filosofía de comienzos del siglo XX, el historicismo y el positivismo, suponen una marcada violencia desde la manera en que el sujeto del conocimiento fuerza a su objeto para “extraerle” el contenido de verdad. Para Benjamin, esta actitud epistemológica se corresponde a la violencia social del capitalismo, como sistema que relaciona hombres entre sí y a estos con la naturaleza de manera claramente violenta.

Como contrapropuesta, aparece en Benjamin una actitud cognitiva innovadora que puede verse reflejada en sus alabanzas a la tarea del recolector, del *coleccionista*. Este no se relaciona con las cosas en función de su “utilidad” para decir tal o cual cosa, sino que trabaja con los objetos admirándolos, cuidándolos, otorgándoles un peso en sí mismo más allá de su función social. Para el autor, recuperar el valor de las cosas más allá de su utilidad en el marco del capitalismo es una tarea imprescindible a encarar.

Por eso la labor del coleccionista es tan admirada por Benjamin, ya que *“el coleccionista es el verdadero inquilino del interior. Hace asunto suyo trasfigurar las cosas. Le cae en suerte la tarea de Sísifo de quitarle a las cosas, poseyéndolas, su carácter de mercancía. Pero les presta únicamente el valor de su afición en lugar del valor de uso. El coleccionista sueña con un mundo lejano y pasado, que además es mundo mejor en que los hombres están tan desprovistos de lo que necesitan como en el de cada día, pero en cambio las cosas sí están libres en él de la servidumbre de ser útiles”*. (Benjamin, 1980: 183)

Ese mundo lejano y pasado, de las cosas libres, es motivo de añoranza porque permite esa otra relación con los objetos, una relación que nos los subyugue, que no los oprima. Las cosas así pueden ser incorporadas a la vida de los hombres sin la necesidad de demostrar su utilidad en función de los criterios de una sociedad dividida en clases y también en niveles de funcionalidad a la vida fetichizada, mercantilizada. *“Al coleccionar, lo decisivo es que el objeto sea liberado de todas sus funciones originales para entrar en la más íntima relación pensable con sus semejantes. Esta relación es diametralmente opuesta a la utilidad (...) Coleccionar es una forma de recordar mediante la praxis y, de entre las manifestaciones profanas de la ‘cercanía’, la más concluyente. Por tanto, en cierto modo, el más pequeño acto de reflexión política hace época en el comercio de antigüedades. Estamos construyendo aquí un despertador que sacude el kitsch del siglo pasado, llamándolo a reunión”* (Benjamin, 2005:223).

Como sostiene Eagleton, *“...el coleccionista es otra figura recurrente mediante la cual Benjamin reflexiona sobre la dialéctica entre la recuperación y la reconstrucción. Por un lado, el coleccionista conserva las cosas: es su misión salvaguardar el pasado rescatándolo, igual que el revolucionario rescata a los*

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

muertos del olvido al que les condena el fascismo. Pero esta manera de conservar es también una forma de destrucción, pues redimir a los objetos significa sacarlos al excavar de los estratos históricos en los que están depositados, purgándolos de los significados culturales añadidos incrustados en ellos. El coleccionista libera las cosas de la tiranía de las jerarquías tradicionales para salir al espacio abierto de la mera contigüidad” (Eagleton, 1998: 102).

Lo maravilloso del coleccionista es que le sucede con las cosas lo que al lector de Benjamin le sucede con las citas: lo sorprenden, lo toman de imprevisto, lo asaltan. *“Pero eso es lo que le ocurre al gran coleccionista con las cosas. Le asaltan de improviso. El hecho de perseguirlas y dar con ellas, el cambio que opera en todas las piezas una pieza nueva que aparece: todo ello le muestra sus cosas en perpetuo oleaje. Aquí se contemplan los pasajes de París como si fueran adquisiciones en manos de un coleccionista.” (Benjamin, 2005: 223)*

El trabajo de coleccionar citas (dobles asaltantes, en tanto citas y en tanto posibles objetos de colección) que emprende el autor, la obsesión por hacerse con cosas que fueron escritas por otros, le permite una combinación que es creativa en sí porque da lugar a algo nuevo, que no estaba pensado ni contenido en cada una de esas citas que el utiliza, sino que es el resultado del trabajo del bricoleur que es Benjamin.

Pero hay otra figura, más actual, que trabaja con desechos en la sociedad moderna que Benjamin observa, sobre todo desde los tiempos del París de Baudelaire. Es una figura que surge con el capitalismo y que Benjamin compara en varios pasajes con la del artista, el poeta, y en otros con la del intelectual. Es la figura del *trapero*, del *chiffonnieu* al que el poeta maldito dedica uno de sus poemas. *“Los traperos aparecieron en mayor número en las ciudades desde que los nuevos procedimientos industriales dieron a los desperdicios un cierto valor. Trabajaban para intermediarios y representaban una especie de industria casera que estaba en la calle. El trapero fascinó a su época (...) Naturalmente el trapero no cuenta en la bohemia. Pero todos los que forman parte de ésta, desde el literato hasta el conspirador profesional, podían reencontrar en el trapero algo de sí mismos. Todos estaban, en una protesta más o menos sorda contra la sociedad, ante un mañana más o menos precario. A su hora podía el trapero sentir con aquellos que daban tirones a las casacas fundamentales de la sociedad. En su sueño no está a solas, le acompañan camaradas (...)” (Benjamin, 1980: 31-32).*

El trapero es aquel paria del mundo del trabajo, que trabaja con jirones, con desechos, una figura del capitalismo que asusta sobre todo por su soledad. ¿Y cuál es, a entender de Benjamin, una de las características fundamentales del intelectual? Esa soledad de su oficio. Benjamin, hablando sobre Sigfried Kracauer, nos dice: *“y si queremos imaginárnoslo [al intelectual] tal como es, en la soledad de su oficio y su obra, veremos a un trapero que, en la alborada, junta con su bastón los trapos discursivos y los jirones lingüísticos a fin de arrojar luz en su carro quejoso y terco, un poco ebrio, no sin dejar que de vez en cuando revoloteen de manera burlona, al viento matinal, una u otra de estas desteñidas consignas: “humanidad”,*

“interioridad”, “profundidad”. Un trapero, al amanecer: en la alborada del día de la revolución”. (Benjamin, 2008: 101)

Coleccionista, por cómo cuida sus objetos y los salva de la lógica de la mercancía capitalista;; trapero, porque trabajando con desechos y de manera aislada es una figura descarnada de las lógicas de la sociedad moderna. Todos ellos comparten la posibilidad del montaje, una nueva manera de configurar la relación entre las cosas.

A nuestro entender, la aceptación de este método del montaje benjaminiano no tiene sólo una potencialidad epistemológica al proponer una relación nueva con los objetos de la pesquisa intelectual sino que su originalidad es, sobre todo, política. De hecho, retazos de discursos que no nos son útiles en un momento histórico dado, que no tienen mucho por decir en determinado contexto, aparecen a veces a la luz de otros acontecimientos y logran constituirse como parte de un potencial acto de iluminación profana de esos acontecimientos.

Estamos de acuerdo con Sazbón cuando sostiene que *“sólo mediante accesos intermitentes lo valioso –perdido, olvidado o reprimido- se manifiesta como poder de iluminación y permite llegar a la verdad. Se trata de un tipo de reflexión cuya composición está en permanente reestructuración, cuya figuración puede ser también la del mosaico, el cual –dice Benjamin- preserva la majestad que posee a pesar de su fragmentación en partículas caprichosas y entrega su <contenido de verdad>”.* (Sazbón, 2002: 185)

Este ejercicio de construcción en la figura del mosaico es pensable para el trabajo hermenéutico propio de la investigación filosófica, cuando no nos acercamos a palabras ya dichas esperando que estas instrumentalmente sirvan para justificar algo que queremos plantear, sino cuando de repente, a la manera de la revelación, nos encontramos que es posible actualizar ese discurso porque este se aparece actual por sí sólo ante la mirada crítica del investigador.

Esto le otorga una particular categoría de autonomía al objeto de estudio, que deja de estar siempre a disposición de los caprichos del sujeto de conocimiento para adquirir la posibilidad de irrumpir, de asaltar, de mostrarse en cualquier momento en su potencialidad plena como si recién fuera descubierto. Capaz de resumir en sí mismo, como lo hace la mónada en el materialismo histórico benjaminiano, las tensiones de una época histórica. Esta forma de concebir al objeto de conocimiento no como un recurso inanimado sino como un posible despliegue no determinado, factible de desencadenar una iluminación profana, constituye una fuerte contrapropuesta al cientificismo antropocentrista y al positivismo de los datos.

Las múltiples posibilidades que habilita el coleccionar trazos de discurso consolidado en lo escrito residen en parte en estar atentos a esa potencial actualización y al nacimiento de formas innovadoras en las combinaciones, cruces, en el trabajo de extirpación y recolocación de esos retazos en el ahora. Y ese trabajo de poner en relación, desnuda una particular concepción del pasado y del presente, (*“la exposición materialista de la historia lleva al pasado a poner al*

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

presente en una situación crítica”, BENJAMIN, 2005:473) que no es tanto una concepción de lo temporal como de la transformación. Es decir, lo increíble del pasado es que, bien inducido, actúa en el presente cuando necesitamos que lo haga en función de hacer que éste estalle revolucionariamente.

Entonces, esta forma de abordaje y producción es en función de una transformación del orden social, ese que oprime a las cosas, porque oprime a los hombres. Y esa transformación es esencialmente parte de una disputa política, como es política la disputa por la forma de la relación sujeto – objeto de conocimiento de una sociedad determinada.

III. A manera de conclusión: lecciones de método para la historiografía crítica actual desde una perspectiva feminista

“Método de este trabajo: montaje literario. Yo no tengo nada que decir. Sólo que mostrar. No voy a hurtar nada valioso ni me apropiaré de formulaciones ingeniosas. Pero los andrajos, los desechos: éstos no los voy a inventariar, sino hacerles justicia del único modo posible: usándolos”.

Walter Benjamin

El intento de hacer historia desde una perspectiva identificada con los “vencidos” ha llevado en reiteradas ocasiones a poner en jaque los intentos homogeneizantes del historicismo acontecimentalista. En esa batalla no sólo se ponen en juego los criterios de pertinencia de los objetos de análisis sobre los que se construye historia, sino también los mecanismos con los que esta construcción se lleva a cabo. En la percepción de Benjamin, uno de los principales artilugios que encuentra la clase dominante para prolongarse en el dominio es la apología permanente del estado de cosas que hace de ella la historiografía tradicional, contra la cual nuestro autor carga todas las tintas. A diferencia de los postulados de universalidad, unidad, continuidad, progreso lineal, que sostiene esta tradición, para Benjamin es central reconocer la primacía de lo discontinuo dentro del devenir de la humanidad. *“El historicismo culmina, con justicia, en la historia universal. De ella se diferencia la historiografía materialista metodológicamente quizá con más nitidez que de cualquier otra. Aquella carece de armazón teórica. Su proceder es aditivo: suministra la masa de los hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío.”* (Benjamin, 2009c: 50)

Esta exposición que hace el historicismo de la historia como universal y continua, es acreedora de una obsoleta noción de progreso, que es la que Benjamin cuestiona de fondo. Para hacerlo cita largamente a Dimier, *“(Dimier contra el concepto del progreso del género humano) ‘Cuando se toman ejemplos de la naturaleza física, a la quimera de la evolución, trasladada a la historia de los espíritus...<por> Comte..., no sólo le falta todo fundamento, sino también toda apariencia. Es, entonces, gratuitamente que se hace pasar la evolución por una ley revelada por la historia; ella ni siquiera está esbozada. Esta lenta formación de la*

moral y la razón, con la cual se nos obsequia, no surge de ningún testimonio. Nada, pues, es tan semejante bajo figuras diversas como la humanidad de todos los tiempos. El mismo genio creador operando, la misma impotencia...para no recoger más que los buenos frutos. Es imposible, pues, no caer de las nubes cuando...los profesionales del pensamiento no cesan de descubrir, en este progreso limitado...y precario, un movimiento de la 'razón universal'." (Benjamin, 2009: 57)

Esta razón universal, de la cual la historia universal no es más que una figura, aparece asociada en Benjamin a un ideal de cultura armónico y desprovisto de conflicto, que no es otra cosa que la cristalización del dominio de los vencedores. *"La representación de una historia universal está vinculada a la del progreso y a la de la cultura. A fin de que todos los instantes en la historia de la humanidad puedan ser enhebrados en la cadena del progreso, tienen que ser puestos bajo el denominador común de la cultura, de la ilustración <, > del espíritu objetivo o como quiera llamársele"* (Benjamin, 2009: 60). Esta operación, claramente política, de la historia universal, busca ocultar la seguidilla de catástrofes y la historia de imposiciones que han llevado a la prolongación del cortejo fúnebre de los que han ganado una y otra vez.

No obstante, aquí podemos poner un matiz. El mismo Benjamin nos aclara en los Apuntes a las tesis que *"{no toda historia universal tiene que ser reaccionaria. La historia universal sin principio constructivo lo es. El principio constructivo de la historia universal permite representarla en lo parcial. Es, en otras palabras, un [principio] monadológico. Existe en la historia de la salvación.}"* (Benjamin, 2009: 61). Ahora bien, la historia de la salvación, esa figura teológica que usa el autor para denominar el gesto de intentar salvar a la humanidad de su condena, es posible sólo a partir de la dialéctica materialista. Es una forma de recuperar un afán de totalidad que se piense a sí mismo en términos totalmente diferentes a los que propone la universalidad burguesa.

Así, articular un proceder del materialismo histórico que esté a las alturas del desafío que presenta el desastre del fascismo, implica la urgente tarea de emprender una crítica implacable contra la historiografía hegemónica. Lo que Benjamin condena, veíamos, como idea motor de esa disciplina, pero más en general, de la ciencia, es la idea del progreso. El problema es que esta concepción ya no le pertenece sólo a la burguesía o a la reacción, sino que ha impregnado el pensamiento de izquierdas en todas sus manifestaciones. El autor ve esta concepción operando en la socialdemocracia y nos dice en las tesis que *"la teoría socialdemócrata, y más aún su práctica, estaba determinada por un concepto del progreso que no se atenía a la realidad, sino que poseía una pretensión dogmática. El progreso, tal como se retrataba en las cabezas de los socialdemócratas, era primeramente un progreso de la humanidad misma (no sólo de sus destrezas y conocimientos). En segundo lugar, era un [progreso] sin término (correspondiente a una infinita perfectibilidad de la humanidad). En tercer lugar, se lo tenía por incesante (como uno que recorriese espontáneamente un curso recto o en forma de espiral). Cada uno de estos predicados es incontrovertible, y en cada uno de ellos*

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

podría iniciar [su labor] la crítica. Pero ésta, si [se trata] de una lucha a brazo partido, tiene que ir detrás de todos estos predicados y dirigirse a algo que les es común a todos. La representación de un progreso del género humano en la historia no puede ser disociada de la representación de su marcha recorriendo un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de esta marcha tiene que constituir la base de la crítica a la representación del progreso en absoluto” (Benjamin, 2009: 48).

La necesidad de negar el progreso como victoria es parte del movimiento de hacerse cargo de las ruinas, de los destrozos que deja la civilización en su avance, y que aparecen desdibujados en esa adición permanente de sucesos en una línea de tiempo vacío y artificialmente homogénea. Esa negación es la revisión radical de todo el andamiaje positivista que tan caro le había sido al economicismo materialista de la II Internacional. Por su parte, *“en el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo. Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción. Cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un shock, por el cual se cristaliza él como mónada. El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una chance revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido” (Benjamin, 2009: 50)*

Siguiendo este desarrollo, creemos que el cuestionamiento a la historia universal y la exigencia al materialismo histórico de abordar su paciente trabajo de comprensión desde lugares que rompan radicalmente con la filosofía dominante, siguen estando vigentes en la actualidad. En este sentido, las ideas benjaminianas de trabajar con los desechos intentando hacerles justicia nos otorgan algunas pautas para la investigación histórica contemporánea. No desestimar ningún objeto porque pueda parecer inútil a los ojos de una sociedad que mercantiliza todo es una primera pista a seguir. Moldear las investigaciones en función de las latencias del propio “objeto” con el que se trabaja es parte de poner en juego una epistemología que intente estar a la altura del desafío investigativo.

En este sentido, la investigación histórica que trabaja recuperando el lugar de las mujeres, como colectivo subalternizado, por ejemplo, hace esto desde hace décadas. Como plantea Lagunas, *“la historia tradicional-positivista y androcéntrica no dio cabida a las mujeres, suponía que si la mujer no tuvo presencia en los tratados científicos era porque estuvo excluida de toda acción protagónica en los grandes acontecimientos de la historia, de los políticos, fundamentalmente; por esta razón si, algunas mujeres tuvieron la suerte de aparecer en los manuales fue porque alguna cuota de poder-político- pudieron ejercer. Este carácter de excepcional ocultaba aún más el protagonismo en la historia, de todas las mujeres, en sus diferentes clases sociales, etnias y / o nacionalidades” (Lagunas, 1996).* Recuperar las trayectorias de una clase social de sexo (Curiel y Falquet, 2005) que fue sistemáticamente excluida de la reconstrucción histórica y los cuestionamientos que habilita –exclusión que

cumple la vital función de garantizar el ocultamiento de las génesis y continuidades en las relaciones de dominación que implican la construcción de las categorías de sexo de las sociedades- sigue siendo una tarea de primer orden.

Entonces, para mostrar las complicidades de esa forma de la historia con el régimen de opresión actual -el heteropatriarcado capitalista- es urgente una forma de trabajar con el pasado a partir de acercarse a los fragmentos de ese pasado que son considerados inútiles o invisibilizados. Pero esta forma no puede contentarse con reemplazar “objetos”, reponiéndolos, mientras sostiene metodologías y acercamientos heredados de la práctica historiográfica hegemónica, sino que, atendiendo a la propuesta benjaminiana, debe propiciar un desplazamiento radical de la mirada de quien investiga.

Acordamos con Acha y Halperín cuando nos advierten que, *“como en el consejo de Walter Benjamin, la historia de las mujeres ayudó a comprender esa decisión ético-política de mirar el “progreso” desde el horror de sus víctimas (...) El aporte crítico de esta aproximación, empero no logró deshacer las razones más profundas de la historiografía androcéntrica (...) la historia de las mujeres solamente logró adjuntarse, en un lugar ciertamente subordinado, a la historiografía dominante, que siguió concibiendo modelos totalizantes”* (Acha y Halperín, 2000: 13).

Compartiendo plenamente la crítica planteada por los autores, entendemos que *“una historia de las mujeres que se limite a contornear las representaciones y acciones ‘positivas’ acepta como dadas las construcciones y exclusiones sobre las cuales se constituyen todas las subjetividades. En primer término refuerza la diferencia naturalizada respecto a los hombres, consolidando la dualidad heterosexual. Historiar las mujeres desde el empirismo es una operación muy distinta a historizarlas (...) Contra la práctica ingenua de historiar a las mujeres de una manera empirista, podemos oponer una operación de historización según la cual se trata de analizar cómo fueron construidas en tanto subjetividades, cómo no se redujeron a unidades de sentido o sentimiento”* (Acha y Halperín, 2000: 25).

Esta tarea de revisión estructural de las formas de hacer historia con perspectiva de género -no sólo introduciendo nuevas temáticas sino desplazando la forma de los abordajes- debe apoyarse necesariamente en los aportes de la epistemología feminista de las últimas décadas, que nos convoca a situar la mirada investigativa, reconocer la parcialidad de nuestras posiciones de sujeto y desandar la universalidad ficticia del androcentrismo reinante (Haraway, 2005).

Introducir estos aportes nos convida, entre otras cuestiones, a romper con la ontología cartesiana y a intentar evadir la relación de dominio sujeto-objeto, que prolonga las formas de dominación social vigentes hacia la esfera cognitiva. Para ello un Benjamin retrabajado desde el feminismo es un aliado innegable. En el trabajo con fuentes orales, por ejemplo, o en la labor hermenéutica sobre fuentes escritas, todo el tiempo intentamos hacer decir a nuestrxs “objetos” lo que necesitamos que digan. No hay aquí un planteo de que es necesaria “la muerte de la intención” en el sentido de un conocimiento que se autojustifique como carente de

El abordaje historiográfico desde Walter Benjamin

intereses políticos, sino la invitación a dejarse conmover por lo que estamos analizando, de manera que nos permita comprenderlo en los términos en que requiere ser comprendido. Esta advertencia es clave si queremos transitar investigaciones en las que esté habilitada la permanente revisión (dialéctica) entre lo que “fuimos a buscar” y lo que realmente estamos conociendo. No disociar nuestras conclusiones y resultados de la dinámica en la que nos introducen esos propios “objetos”, en caso de que construyamos una relación afectiva con ellos, a partir de lo que dicen y también a partir de lo que no pueden o no quieren decir implica un compromiso ético investigativo que nos resulta imprescindible sostener.

Estas son algunas de las lecciones de un pensamiento que, hoy, nuevamente, nos obliga a entender que “*el elemento destructivo o crítico en la historiografía se valida en el hacer saltar la continuidad histórica. La historiografía genuina no elige su objeto livianamente. No lo coge, lo hace saltar del curso histórico. Este elemento destructivo en la historiografía ha de concebirse como una reacción a una constelación de peligros, que amenaza tanto al trasmisor como al receptor de la tradición*” (Benjamin, 2009: 71). A la búsqueda por intentar hacer saltar el *continuum* de la historia desde la forma en que la abordamos, viene a socorrernos el propio Benjamin, quien fue capaz de avistar el incendio mucho antes que sus contemporáneos.

Bibliografía utilizada

- ACHA, O., HALPERÍN, P. (2000) *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*, Ediciones del signo, Buenos Aires .
- BENJAMIN, W. (1980) *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid.
- BENJAMIN, W. (1982) *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Madrid.
- BENJAMIN, W. (2005) *Libro de los Pasajes*, edición de Rolf Tiedemann, trad. L. Fernández Castañeda, I. Herrera, y F. Guerrero, Akal, Madrid.
- BENJAMIN, W. (2008) “Sobre la politización de los intelectuales”, prólogo a *Los empleados* de Sigmund Kracauer, Gedisa, Buenos Aires
- BENJAMIN, W. (2009) *La dialéctica en suspenso, Fragmentos sobre la historia*. LOM Ediciones, Santiago de Chile.
- BOLLE, W. (2008) “Metrópolis y megaciudad. Sobre el ordenamiento del saber en los Pasajes de Walter Benjamin”, en: Buchenhorst, Ralph; Vedda, Miguel (eds.), *Observaciones urbanas. Benjamin y las nuevas ciudades*, Gorla, Buenos Aires.
- CURIEL, O. Y FALQUET, J. (2005), “El Patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas. Colette Guillaumin – Paola Tabet – Nicole Claude Mathieu”, *Brecha Lésbica*, Buenos Aires.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2009) “Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes”, En AAVV, *Revista Pluralismo epistemológico*, CLACSO, La Paz.

Noelia Figueroa

EAGLETON, T. (1998) *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*, Cátedra, Madrid.

HARAWAY, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La Reinención de la Naturaleza*, Cátedra, Madrid.

KONDER, L. (1988) *Walter Benjamin. O marxismo da melancolia*, Editora Campus, Rio de Janeiro.

LAGUNAS, C. (1996) "Historia y género. Algunas consideraciones sobre la historiografía feminista". Revista *La Aljaba*, Año 1, Vol 1, Universidad Nacional de Luján, Santa Rosa.

VILLEGA FIENGO, S. (1997) "Walter Benjamin o la historia a contrapelo", en Revista *Doxa* N 17, Cuadernos de Ciencias Sociales, Buenos Aires.